

La aportación de Palacio Valdés a la literatura minera

BENIGNO DELMIRO COTO

INTRODUCCIÓN: LA LITERATURA MINERA

La literatura que se ocupa de los mineros configura un tipo de obras muy singular que encaja dentro de la llamada *literatura social*, por lo demás de honda tradición histórica en las letras españolas. Esta literatura posee un alto valor documental al insistir de continuo en las condiciones de vida en las que se desenvuelven los trabajadores, tanto en el interior de las explotaciones como en los lugares donde reproducen su desgastada fuerza de trabajo.

Se presenta, con frecuencia, cargada de tanta tensión ideológica que obliga a los bandos en litigio, y a sus instituciones más representativas, a dejar constancia literaria de lo que ocurre, tal como sucederá a propósito de los sucesos revolucionarios en Octubre de 1934.

Empero, tal vez la aportación más decisiva de la literatura de la mina estriba en la proyección de una imagen estereotipada de los mineros. Ningún otro sector laboral ha teñido las páginas literarias con la intensidad que lo ha hecho el mundo minero, en consonancia, sin duda, con su papel hegemónico en la dinámica socio-política de cada país a partir de los primeros compases de la revolución industrial.

La literatura minera se encuentra escrita en poemas, cuentos, teatro, novelas y en el cancionero popular. En el plano del contenido, está trabada por una serie de motivos o temas recurrentes que afectan a perso-

najes, argumento y ambientación. Motivos dispuestos para servir a unas muy determinadas simbolizaciones o mitos de enorme eficacia retórica y pródiga utilización por parte de todos los que se han ocupado de escribir sobre las minas con intención artística.

Los «motivos» de mayor rendimiento funcional son los siguientes: la relación problemática entre campo y mina (prefigurada en la obra de Palacio Valdés, *La aldea perdida*). La presentación de un paisaje activo, animado sentimentalmente y participe en lo que sucede (es lo que ocurre en *La aldea perdida*). La fijación de personajes estereotipados: el minero malvado (como el Plutón o Máximo de Palacio Valdés), la «mujer sufridora» (al estilo de la Teresa de Clarín o de la Rogelia de Palacio Valdés), los niños mineros de la estirpe de Celipín (en *Marianela*, de Benito Pérez Galdós o como el que aparece en *La espuma*), el profesional liberal adicto a los mineros (al estilo del médico Quiroga de *La espuma*), el viejo sindicalista consejero, depositario de la «conciencia histórica» acumulada, el patrón egoísta e insolidario (del estilo del Duque de Requena, Salabert, en *La espuma*), el clérigo de base azacaneado por la parroquia obrera, etcétera. El trabajo en el interior de la mina del que se derivan situaciones repetidas de enfermedad profesional inevitable y accidentes (provocados por grisú, inundaciones, derrumbamientos, o por el manejo de las máquinas o de los barrenos). La vida cotidiana en el exterior presidida por mil calamidades. El estallido social fruto de una cadena de acontecimientos que arranca del hambre y a quien sigue: la movilización, las asambleas, las huelgas, la presencia de esquirols, la actuación de las tropas del estado, la represión, las muertes a docenas, el exilio, los sabotajes, los atentados personales... que concluye siempre con el fracaso total de los contendientes. La confrontación de ideas entre mineros y patronal, mineros e institución eclesiástica o entre las distintas opciones sindicales. Y, por último, otros motivos registran las diversiones cuyo foco de actuación es la taberna (constituida en centro de información, debate, jolgorio y vicio) o las romerías al aire libre (prolongaciones del recinto cerrado tabernario tan presentes en *La aldea perdida* y en *Santa Rogelia*), donde a menudo se emplean giros lingüísticos peculiares que reproducen dialectos regionales con intención folclórica y para añadir mayor verismo a la estampa.

Todos estos motivos recurrentes que afectan a personajes, argumento y ambientación aparecen frecuentemente dispuestos al servicio de determinadas simbolizaciones de enorme eficacia retórica y pródiga utilización.

LA ESPUMA¹ (1890)

En esta novela se indaga sobre el mundo de la aristocracia corrupta a finales de siglo XIX. Se ponen en evidencia los turbios manejos económicos de los magnates de Madrid, que como El Duque de Requena, Antonio Salabert, poseen un talante egoísta, deshumanizado y falto de ética. En este aristócrata se alían la sordidez, la estrechez de espíritu y el afán ilimitado de lucro, lo que da lugar a un tipo de escasa talla moral, cuyos triunfos económicos no siempre se deben a su iniciativa sino a la prudencia y perspicacia de hombres de su entorno, como es el caso del asturiano Llera.

Cuando escribe *La espuma*, Palacio Valdés está a punto de concluir su primera etapa artística (la más marcada con tintes propios de la escuela naturalista²), caracterizada por la puesta en tela de juicio de todas las coordenadas del sistema político dominante: el turno pacífico de partidos de la Restauración, la filosofía positivista, las rutinas de la vida provinciana, el ambiente religioso marcado por las diferentes maneras de experimentar las vivencias religiosas, el comportamiento de las minorías dirigentes, el espíritu renovador de las clases medias pertenecientes a las profesiones liberales, la presencia insoslayable del mundo proletario, etcétera.

A pesar de ser una novela cuyo objetivo principal es la presentación de tipos de la alta sociedad madrileña inyectados de hipocresía, que deambulan por los salones aristocráticos exhibiendo sus vicios y vacuidad mental, la mina aparecerá en el capítulo XIII, «Viaje a Riosa». Se liga con el argumento general de la obra porque los establecimientos mineros de Riosa (que se corresponden, por los datos de ambientación que se aportan, con las minas de azogue de Almadén), son comprados al Estado por el duque de Requena. La hija de éste, Clementina, que aprovecha cualquier oportunidad para romper el pesado cerco de rutina y hastío matritenses que la embargan, es la organizadora de un viaje para contemplar sobre el terreno la reciente adquisición familiar. Y allá se dirige el duque, dejando por un momento aparcados sus quehaceres

1 PALACIO VALDÉS, A., *La espuma*. Se publicó por vez primera en 1890. Se cita por la edición de O.C. Editorial Fax, Madrid, 1947, 283 págs.

2 Véase RUIZ DE LA PEÑA, Á., «Introducción» a *La aldea perdida*, Espasa Calpe, Madrid, 12ª ed., pág. 19.

mezquinos e innobles, para presidir el pintoresco grupo de turistas, nutrido de burgueses y aristócratas ociosos.

De un lado el cortejo de la nobleza, que llega en un tren especialmente fletado para ellos, cohorte entretenida en su fluir vital disipado y en sus fútiles diversiones: vienen a Riosa de excursión con el ánimo de dejar correr de forma insensible el tiempo y se topan de frente con unos seres bien distintos

Eran los obreros, los que no estaban de tarea, a quienes el director había hecho venir desde Riosa con tal objeto. Todos ellos tenían la tez pálida, terrosa; los ojos mortecinos; en sus movimientos podía observarse, aún sin aproximarse mucho, cierta indecisión, que de cerca se convertía en temblor. La brillante comitiva llegó a tocar aquella legión de fantasmas (porque tales parecían a la luz moribunda de la tarde). Los ojos de las hermosas y de los elegantes se encontraron con los de los mineros, y si hemos de ser verídicos, diremos que de aquel choque no brotó una chispa de simpatía. Detrás de la sonrisa forzada y triste de los trabajadores, un hombre observador podía leer bien claro la hostilidad.³

En el contraste entre la forma de vida de propietarios y trabajadores se insiste de continuo en todo el capítulo. Se configura de este modo un motivo temático que luego se repetirá en obras posteriores de la literatura minera. Son dos mundos contrapuestos por su forma de pensar, de vestir, de alimentarse, de hablar, de comportarse. Nada más bajarse del tren las damas de alcurnia se asombran al verlos: «¡Dios mío, qué caras!» y en chanza apunta uno de los visitantes: «Verdad. El pueblo soberano no anda por aquí muy bien de fisonomía».⁴ Este primer encuentro se efectúa al anochecer y en la misma descripción del paisaje ya se agudizan las diferencias entre Villalegre, donde viven los cuadros de la empresa, y Riosa, donde viven los mineros

Las minas de Riosa están situadas en el centro de dos cumbres poco elevadas [...]. Rodéanlas por todas partes terrenos ásperos, lomas y colinas de escasa elevación, donde abundan, no obstante, las quebraduras y asperezas, que le dan un aspecto triste y siniestro.⁵

³ *Op. cit.*, pág. 236.

⁴ *Op. cit.*, pág. 236.

⁵ *Op. cit.*, pág. 235.

Villalegre en cambio

ofrece, con la villa de las minas, notable contraste. Riega sus terrenos un riachuelo, y lo fecunda y lo convierte en ameno jardín, donde crecen en abundancia los lirios silvestres, el jazmín y el heliotropo y, sobre todo, las rosas de Alejandría, que han tomado allá carta de naturaleza [...]. Los aromas penetrantes del tomillo y del hinojo embalsaman y purifican el ambiente. Lo mejor y más florido de estos terrenos pertenecía a la Compañía.⁶

Además en Villalegre los ingenieros y empleados pueden sustraerse de las emanaciones mercuriales y sulfurosas que envenenan paulatinamente a los obreros de Riosa.

Se menciona a continuación, como otro elemento más de confrontación, la cena de los burgueses

Fue una comida espléndida la que el duque les ofreció. No se echó de menos ninguno de los refinamientos de los comedores aristocráticos, ni en el lujo de la vajilla, ni en el aderezo de los platos, ni en la corrección del servicio.⁷

Por el contrario los mineros, según el doctor Quiroga

Con lo que hoy ganan los mineros no se mueren materialmente de hambre en un día o en un mes; pero al cabo de cuatro o cinco años, sí. La mayor parte de los que aquí sucumben son víctimas, en realidad, del hambre. Bien alimentados podrían resistir el hidrargirismo.⁸

Esta referencia a la comida y su ausencia, es decir, la insistencia en el hambre de los trabajadores será también motivo fundamental en obras posteriores de la literatura minera, hasta el punto de convertirse en un móvil argumental que repite el esquema de hambre/huelga/represión. Aquí la denuncia se circunscribe al primer elemento del proceso

6 *Op. cit.*, págs. 235-236.

7 *Op. cit.*, pág. 237.

8 *Op. cit.*, pág. 243.

sin darle mayor trascendencia argumental. En todo caso sí hace notar el malestar creciente de las víctimas, que llegan a insultar a los burgueses cuando, en plena fiesta, una de entre ellos les da unas monedas de plata y ocurre que «de la oscuridad partieron al cabo frases obscenas, algunos insultos que les obligaron a retirarse.»⁹

Las alusiones a las enfermedades de los mineros son constantes a lo largo del capítulo, no se olvide que aquí adquiere relevancia la figura del médico de la empresa, Quiroga, personaje intermediario que el narrador utiliza para explicar los efectos de las lamentables condiciones de vida y trabajo mineros

Al pasar vieron pasar también algunos hombres atacados de fuerte temblor.

-¿Qué es eso? ¿Por qué tiemblan así esos hombres? -Preguntó, asustada, Esperancita.

-Son «modorros» -le respondió un empleado

-¿Y qué son «modorros»?

—Los que enferman por trabajar en la mina

-¿Y enferman muchos?

-Todos -dijo el médico, que había oído la pregunta-. El temblor mercurial ataca a cuantos bajan a la mina.¹⁰

Por si no fuera poco insiste para presentarnos el cuadro clínico completo

la atmósfera viciada por vapores mercuriales, la insuficiencia del aire respirable engendra fatalmente, no sólo los temblores, el hidrargirismo crónico o agudo, que es lo que más les llamará a ustedes la atención, sino también los catarros pulmonares crónicos, la disentería, la tuberculosis, la estomatitis mercurial y otra porción de enfermedades que concluyen con la existencia del obrero o le dejan inútil para el trabajo a los pocos años de bajar a la mina.¹¹

La figura del profesional liberal, en este caso el médico de los mineros, en la función clara de mensajero ético, portavoz de los explotados, apa-

9 *Op. cit.*, pág. 235.

10 *Op. cit.*, pág. 240.

11 *Op. cit.*, pág. 242.

rece por vez primera aquí y se reiterará en otras muchas obras. En *La espuma* se da la circunstancia de que Quiroga es tildado de socialista

-¿Sabe usted [le dice Escosura al director de las minas] que ese jovencito médico ha estado bastante imprudente al emitir sus ideas materialistas?

—Materialista no sé si es [responde el director] . Lo que hace gala de ser, y por eso le adoran los operarios, es socialista.

—¡Peor que peor!

—La verdad es -dijo Peñalver [...]—que del fondo de una mina se sale siempre un poco socialista.¹²

Del interior de la mina sólo se aporta una visión fugaz y superficial que tiene valor por ser el primer texto literario que aborda directamente lo que también luego se verá como motivo temático repetido. Se trata de una visión «extrañada», fantasmagórica que destaca sobremanera lo espectacular. No hay ni objetividad, ni identificación alguna con los moradores allí a sueldo

El espectáculo que se ofreció a su vista cuando tuvieron ojos para contemplarlo era grandioso y fantástico. Inmensas galerías embovedadas, cruzándose en todas direcciones e iluminadas solamente por la pálida luz de algunos candiles colgados a largos trechos. Y por aquellas galerías, discurriendo con tráfico incesante, una muchedumbre de obreros, cuyas gigantescas siluetas, allá a lo lejos, temblaban a la vacilante y tenue luz que reinaba. Oíanse sus gritos, unos al chirrido de las carretillas; parecían presa de un vértigo, como si tuvieran que cumplir su labor misteriosa en plazo brevísimo. Las paredes de algunas galerías, tapizadas con los cristales del mercurio, que en muchos puntos se presentaba nativo, brillaban, cual si fuesen de plata. Escuchábanse detrás de aquellas paredes golpes sordos, acompasados. Por ciertas aberturas que, de trecho en trecho, tenían, caminando algunos pasos en la oscuridad, veíase al fin una cueva iluminada donde cuatro o seis hombres, desgredados y pálidos, agujereaban el mineral con barrenos.¹³

La visión del minero como borrachín, dilapidador del jornal en bebi-

12 *Op. cit.*, pág. 253.

13 *Op. cit.*, págs. 248-249.

da y juego, que tan claramente se manifestara en *La Regenta*, coincide aquí con la visión de los patronos, subrayada por el duque

Que no beban, que no jueguen, que no malgasten el jornal, y esos efectos del mercurio no serán para ellos funestos... [...]. Estoy convencido de que la mayor parte de las enfermedades que aquí hay son borracheras crónicas.¹⁴

Punto de vista luego amplificado hasta límites de escarnio con los personajes mineros de *La aldea perdida* y *Santa Rogelia*.

Merece destacarse la aparición fugaz de un niño de unos once años, y que ya trabaja como minero, víctima de un acceso de sonambulismo que lo obliga a moverse frenéticamente como si estuviese realizando su faena diaria. Con este incidente se busca reflejar la reacción del grupo de mineros: carente de la más mínima sensibilidad ni compasión ante el azacaneo del muchacho.

Falta referirse, someramente, al episodio de la jaula que deposita en el fondo de la mina al grupo de burgueses dispuesto a celebrar una pantagruélica comida. Este evento parece haber servido como fuente de inspiración a Joaquín Dicenta para confeccionar el final trágico de su obra teatral *Daniel*. En Dicenta es un episodio imprescindible para el desenlace de la obra, mientras que aquí, en *La espuma*, se queda en una simple broma realizada por los mineros que no tiene mayor trascendencia.

En *La espuma* se ofrecen textos relevantes en los que ya se configuran los motivos temáticos mineros luego presentes en otras obras posteriores. Queda ya reseñada la confrontación entre burguesía y mineros, que es la clave de este capítulo XIII, del que dependen el resto de los motivos apuntados: el del hambre de los trabajadores, las enfermedades profesionales, la visión del interior de la mina, la aparición del profesional liberal afín a los obreros depositario del discurso «social» (poner en evidencia la «cuestión social», en terminología de la época), etc. La relación de motivos se completa con una mención al trabajo de los niños (aquí no se persigue destacar su codicia como luego ocurrirá en *La aldea perdida*, sino dar muestra fehaciente de la brutalidad de un trabajo que los persigue hasta en los sueños), y la presentación de sus «cualidades-tipo» propias de los mineros: dilapidadores, poco ahorrativos, borrachos, jugadores..., que tienden a presentarlos como responsables de sus desgracias.

14 *Op. cit.*, pág. 245.

Están contenidos, en este capítulo XIII de *La espuma*, los ingredientes que luego desarrollará más adelante para dar curso a su visión global negativa del ambiente y personajes mineros. Es, a la vez, precursor de obras que siguen en la etapa histórica siguiente, crucial por lo demás, en lo que tiene de denuncia social y de presentación de las condiciones nefandas de vida y trabajo obrero. Se trata de una mirada externa a los trabajadores que incluye cierto compromiso que otros autores desarrollarán con posterioridad. Palacio Valdés, en cambio, se separará de esta línea¹⁵ hasta ponerse literalmente en la trinchera del enemigo acérrimo, con novelas como libro *La aldea perdida* y *Santa Rogelia*.

LA ALDEA PERDIDA¹⁶

Es una novela de sabor bucólico que evoca un mundo emparentado con la edad de oro clásica, en el momento de ser arrasado, en el ánimo del narrador, por unos bárbaros que dicen traer consigo la «civilización», el «progreso» y comodidades sin cuento.¹⁷ De ese mundo arcádico (expresado como un conjunto armónico, en el que se ligan íntimamente individuos y paisaje, alcanzando cotas de suma felicidad¹⁸) emergen unos per-

15 Con todo, en otro momento posterior a *La espuma*, en el capítulo cuarto de su novela *Maximina* (1887) se acuerda de soslayo de un minero langreano al que trata con pena: «Había otro [diputado] cuyo rostro, cuajado de costurones y cicatrices, sin cejas ni pestañas, perdidas en una enfermedad secreta, que le obligaba a ir todos los años a Archena, semejava notablemente al de un pobre minero que había conocido en Langreo. Trabajaba éste en las chimeneas de las minas, pasando todo el día metido en un tubo estrecho que él mismo iba abriendo con trabajo. Un día se inflamó el gas y le quemó el rostro y las manos horriblemente. Después tuvo que pedir limosna». PALACIO VALDÉS, A., *Maximina*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1913, p. 62. Véase TRINIDAD, F., *Los mineros vistos por Palacio Valdés* (2003), págs. 157-165.

16 PALACIO VALDÉS, A., *La aldea perdida*. Se publicó por vez primera en 1903. Se cita por la edición de Espasa Calpe (colección Austral), Madrid, 7a.ed., 1976, (1a. 1943), 264 págs. Del autor escribe Melchor Fernández Almagro: «y así le vemos avanzar, plácido y afable hacia sus lectores de siempre y los que hoy pueda atraer, por su ternura y humor, por su sencillez y equilibrio, por su humana simpatía. En virtud de esas prendas, Palacio Valdés gana al lector, que se siente unido a él con un afecto surgido casi mecánicamente. De *La aldea perdida* apunta lo que sigue: «[...] novela poemática, en la que el autor se despidе de la paz idílica de los campos y valles de su niñez -en el Concejo de Laviana—avasallados por el progreso de la técnica industrial. He ahí otro contacto con Leopoldo Alas, dada la semejanza de la emoción que nos transmite el más famoso de sus cuentos: ‘¡Adiós Cordera!’». *Insula*, N° 96, 15-XII-1953.

17 «En otras partes los jornaleros comían pan blanco, tomaban café, bebían vino, y en vez de aquellas camisetas de hilo gordo que ellos gastaban se ponían a raíz de la carne unas camisetas de punto suaves, suaves como la pura manteca». *La aldea perdida*, p. 99.

18 Sobre esto mismo escribe Jorge Uría: «la idea bucólica de unos campos supuestamente per-

sonajes, caracterizados sencillamente, que se encargan de desarrollar capítulos cargados de notas de ambiente y costumbrismo: trajes típicos, comidas campestres, aperos de labranza, amoríos, desdenes adolescentes...

Palacio Valdés, [...], procura poner en pie, con todo su «ruralismo asturiano», rescatada artísticamente, la Asturias pura y verdadera: rocas agresivas, montañas de caliza arquitectónica, prados verdes con manzanos olorosos y claros ríos de romance. Reflejo en la propia naturaleza del carácter y el alma de una raza lírica y trascendente. Los personajes de *La aldea perdida*, tan enraizados al paisaje [...] forman una síntesis ética, un alma colectiva [...]. Alma de una raza fanática e implacable en la defensa de sus fueros espirituales.¹⁹

Contado todo con la mirada de un narrador-testigo y niño que lo evoca a la manera de una épica ya extinta en la que predominan héroes como Nolo y Jacinto de la Braña, Quino de Entralgo, Celso de Canzana, Firmo de Rivota, Toribión de Lorío, Lázaro del Condado y otros, incluido un Pírgopolinices o «miles gloriosus» (Bartolo de Entralgo), condecorados al estilo de los guerreros de la *Ilíada* o la *Odisea*. Titanes que resuelven sus rivalidades a garrotazo de avellano, sin más consecuencias que los cardenales y magulladuras «naturales» consiguientes.

Este mundo se verá invadido de la noche a la mañana por otro radicalmente distinto

detrás de aquel primer síntoma, la llegada de la primera locomotora minera al Valle de Laviana, celebrada con discursos y borracheras de sidra y de entusiasmo, y la irrupción de elementos humanos de otra raza y otra mentalidad, como aquel tremendo «Plutón», de su novela, anunciaban para pronto «La rebelión de las masas» y todo lo que vino después, que don Armando temía ya entonces.²⁰

fectos y amables siguió impregnando no sólo las elaboraciones folclóricas, sino otras producciones escritas entre las que cabe incluir, por supuesto, *La aldea perdida* de Palacio Valdés. Su alto valor para ejemplificar este ruralismo benévolo es indudable». URÍA, J. (2002): «Asturias 1898-1914. El final de un campesinado amable», en *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. LXII/3, núm. 212, Septiembre-Diciembre, págs. 1059-1098, Madrid.

19 CABEZAS, J. A., «El paisaje asturiano en Palacio Valdés», Oviedo, BIDEA nº XIX, pág. 418.

20 Ibidem.

Se inaugura así otro tópico presente de continuo en la literatura minera. E. Gómez de Baquero, uno de los críticos más perspicaces del momento, da primacía al personaje del minero Plutón: lo que llama poderosamente la atención cuando se comprueba que buena parte de la crítica recibe la obra, la comenta centrándose en los aspectos épico-bucólicos,²¹

En la novela del Sr. Palacio Valdés es muy claro, como digo, el simbolismo. Tan claro, que lo hallamos ya expresado en los nombres de los dos personajes principales [...]. Estos dos personajes se llaman Demetria y Plutón. Demetria es una aldeanita del pueblo feliz, del cual nos pinta con tan poético colorido el Sr. Palacio Valdés los últimos días de la edad de oro de inocencia e ignorancia. Plutón es uno de los mineros que van a explotar las riquezas del subsuelo de aquella comarca, y á destruir sus patriarcales costumbres. Pero Demetria y Plutón son algo más en la novela que dos individuos humanos [...] Demetria es la tierra [...] y, por extensión, la vida sencilla y apacible de los campos; y Plutón, el sombrío Hades, señor de las riquezas del mundo subterráneo, la riqueza y la industria, que matan la paz y la inocencia de la vida rústica, que ahogan la geórgica con el estruendo de sus máquinas, y ensucian el paisaje con el humo de sus chimeneas. [...] Ese es el símbolo de la novela. La aldea ignorada y feliz, que un día se ve invadida por una civilización material que atropella bárbaramente la belleza, la paz, cuanto allí hacía grata y serena la vida. [...] La aldea perdida, con su rústica sencillez, su tranquilidad, sus honestas costumbres, es lo pasado; la industria, Plutón, los mineros que llevan á aquel pueblo feliz el alcohol, la navaja, la sed del oro, las pasiones feroces de la civilización son lo presente.²²

21 Es el caso del comentario de Gregorio Martínez Sierra aparecido en *El Noroeste*, Gijón, 29-5-1903. Y de la serie de escritos aparecidos en el diario *El Carbayón*, de Oviedo, firmados por «Maravillas», embargados por el mismo tono nostálgico predominante en la novela y dirigidos a Eladio G. Jove: «Nos lo hemos dicho mil veces: cuando V. y yo vamos á Laviana, nos parece aquello un vasto cementerio donde la civilización va dejando, por huellas de sus pies lápidas sepulcrales bajo las cuales desaparecieron pedazos de tierra que nos recuerdan episodios de nuestra infancia, radiantes de gloria... [...] La estación, el cargadero, los depósitos de carbón, las vías, los planos inclinados, el negro irritante de las aguas, todo, todo, nos hace exclamar con angustia indefinible: Esto no es mi Laviana». *El Carbayón*, 16-2-1903, pág. 1. En días sucesivos *El Carbayón* sigue publicando epístolas de «Maravillas» (Días 16-II, 17-II, 18-II, 19-II, 21-II, 23-II, 25-II) con escasas referencias a los mineros salvo tal vez en esta ocasión: «Sin duda son muy repugnantes los mineros Plutón y Joyana, pero se comprende su presencia para que el lector, comparando su conducta con la de los mineros de Laviana, sepa lo que perdimos». *El Carbayón*, 19-2-1903.

22 GÓMEZ DE BAQUERO, E., «*La aldea perdida*, novela, por D. PALACIO VALDÉS, A.», *La España Moderna*, en la sección de «Crónica literaria», 1-6-1903, págs. 164-168. Al final del artículo

Tópico que enfrenta siempre el modo de vida campesino al industrial, encabezado por la mina, con matizaciones diversas, y sirve de distinta forma en cada argumento, no solamente en la literatura española

Vagamente, todos sentían que una transformación inmensa, completa, se iba a operar pronto en Laviana. El mundo antiguo, un mundo silencioso y patriarcal que había durado miles de años, iba a terminar, y otro mundo, un mundo nuevo, ruidoso, industrial y traficante, se posesionaría de aquellas verdes praderas y de aquellas altas montañas.²³

La aldea perdida, refleja nítidamente los presupuestos más comunes del movimiento anti-industrialista, predominante en los círculos artísticos y literarios europeos de finales del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX. El repudio de la máquina y de la civilización industrial, defendidos por John Ruskin, convertidos en el *leit motiv* de su pensamiento, y que luego jugarían un papel esencial en la configuración filosófica del llamado *Art Nouveau*, son perceptibles también en el aliento ideológico de Armando Palacio Valdés.²⁴

Desde el advenimiento de los mineros se producen en cadena toda una serie de sustituciones que destruyen irreversiblemente la sociedad arcaica, campesina y emerge una sociedad de nueva planta y talante. El silencio se verá rasgado por los pitidos de la locomotora y los barrenos de dinamita, la rubia sidra se trocará en aguardiente enloquecedor, la borona de maíz en el pan blanco de trigo,²⁵ los juegos de bolos y barra se arrinconarán ante los naipes; además unos se hacían al aire libre y lo otro exigirá el techo de la taberna. El pintoresco traje aldeano se arrinconará ante el pantalón largo y la boina, la madreña dará paso a la bota de montar y lo que se dirimiera a garrotazos ahora se verá enturbiado

cuestiona la tesis central de Palacio Valdés: «Acaso no es un mal que la industria perturbe la tranquilidad de la aldea perdida; y si mal es, será un mal pasajero, engendrador de futuros bienes». *Art. cit.*, pág. 168.

²³ *La aldea perdida*, pág. 98.

²⁴ Véase al respecto el estudio de Lily Litvak, *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980.

²⁵ Dice uno de los personajes, un ingeniero—recién llegado de Madrid al sabor de las ganancias frescas—bromeando al respecto: «Con él [pan de trigo], no lo dudéis, despertará la inteligencia, se aguzará el ingenio, crecerán los ánimos y, por fin, entrarán en el concierto de los hombres civilizados los habitantes de este país». *Op. cit.*, pág. 80.

por la aparición de la navaja y el revólver²⁶. Lo anterior se verá coronado por la irrupción del dinero que suscita la pasión cegadora de la codicia

Esperaban tomar algún dinero, ya sea de los jornales de sus hijos, pues se aseguraba que admitían en la mina hasta los niños de diez años, ya de la venta de las frutas, huevos, manteca, etcétera.²⁷

Y que una vez mordido el cebo se aventurarán inconscientemente, y hasta las últimas consecuencias, en la aceptación de lo nuevo con sus maldades incluidas

con el oficio los mineros enseñaron a los zagales sus vicios. Aquellos mozos antes tan parcos y sumisos se tornaron en pocos meses díscolos, derrochadores y blasfemos [...]. Al poco tiempo hubo, en aquel valle atrasado tantos tiros y puñaladas como en cualquier otro país más adelantado.²⁸

Como estandartes de ese proceso de destrucción de la naturaleza y de tergiversación de conciencias se presenta a los mineros de carne y hueso. No serán tratados jamás peor que en este libro, con el refuerzo posterior de *Santa Rogelia*. Ya desde el primer momento en el que aparecen Joyana y Plutón, en el capítulo V, titulado «La romería del Carmen», son descritos como gentes extrañas al país, viajeros sin amor a terruño alguno, expulsados de todos los sitios a los que llegan, temidos por sus compañeros de trabajo y taberna, ex-presidarios y de un «natural díscolo, propenso a bullas y reyertas». Lo único que se les reconoce es la destreza en su oficio, que ejercen desde hace bastantes años. Por lo demás, hasta su aspecto externo tiene relación cierta con la «estructura del mono». Desde su llegada amedrentan a los parroquianos, especialmente a sus mujeres: «Aquellos hombres de boina colorada y ojos insolentes, agresivos, que tropezaban por las trochas de los castañares, les infundían miedo.»²⁹

Siempre que aparecen es para asustar a alguien o para cometer al-

26 En la sustitución de la sociedad rural por la industrial y sus consecuencias nefastas se basa el cuento de Ramón Pérez de Ayala «La prueba» (1905). En el volumen *El Raposín*, Madrid, Taurus, 1962, págs. 121-126.

27 *Op. cit.*, pág. 98.

28 *Op. cit.*, pág. 199.

29 *Op. cit.*, pág. 98.

guna fechoría³⁰, como cuando lanzan una lluvia de piedras contra el capellán de Iguanzo, don Lesmes, o cuando hacen estallar un cartucho de pólvora en la ventana de una casa en la que tenía lugar una apacible *esfoyaza*. En otro momento, y sin respetar lo que es el equivalente a su templo sagrado y a su sumo sacerdote, por un quítame allá unas palabras, Plutón acuchilla por la espalda al tabernero Martinán. Y ya cuando se entrometen decididamente en el fluir del argumento, hasta ese momento ocupado por los personajes campesinos, Plutón rapta a Demetria e intenta violarla sin éxito. Con el cierre de la novela, hieren de muerte a Jacinto y a Demetria, al poco de contraer sus respectivos matrimonios, en lo que sin duda constituye un final trágico exagerado y no del todo motivado por el desarrollo anterior de la novela. Se subraya así, con mayor insistencia, la intención de un autor dispuesto a ver en los mineros la reencarnación de las fuerzas del mal absoluto.

En su descripción no se ahorra apelativos degradantes, aparte de los ya citados, como los que siguen: «caras negras del infierno», «sonreía [Plutón] haciendo muecas de mono», «echándole una mirada torva», «mirándolas con ojos de fiera traidora», son tildados de «micos», «los ojos sangrientos de Plutón brillaron con gozo malicioso», «infames sátiros», «los huéspedes [mineros] no eran cómodos». «Agresivos, pendencieros, alborotadores, tenían siempre con el alma en un hilo a los vecinos». Proferían «blasfemias horrendas», «tanto les importaba sacar las tripas a un hombre como matar a una gallina», «porque era un traidor aquel hombre [se refiere ahora a Plutón]», «¡un diablo del infierno!», «llévame lejos de estos hombres blasfemos y malditos», «se hallaba Plutón, negro y endemoniado como un tizón», «volvió a soltar Plutón otra satánica carcajada», etcétera. Por si faltara algo aún define a Plutón de nuevo

Pero lo más negro de todo lo negro que había en Laviana era Plutón. Aquel hombre ya no era hombre, sino un pedazo de carbón con brazos y piernas.[...] Lo mismo le importaba a aquel malvado dar una puñalada que beberse una copa de aguardiente.³¹

Con lo que despide a Plutón de la categoría de los homínidos para

³⁰ «Cuando más embebidos se hallaban en su plática [...]. Aparecen de improviso en aquel recinto dos negras y siniestras figuras, las de aquellos dos mineros que ya conocemos: Plutón y Joyana.» *Op. cit.*, pág.113.

³¹ *Op. cit.*, págs. 236-237.

identificarlo definitivamente con la más despreciable a los ojos del narrador: el carbón, la mina, o lo que es lo mismo: la destrucción de una civilización querida, añorada e irremisiblemente perdida.

No hay en el libro ninguna referencia al trabajo en el interior de las minas.³² En cambio, sí dedica bastante espacio a glosar el ambiente degradante de una taberna, la taberna de Martínán, ocupada por los mineros, en donde brilla y apabulla a todos el mentadísimo Plutón.³³ Y en compañía del motivo tabernario, en la línea de «Clarín» en *La Regenta*, la presencia de reyertas, borracheras, alborotos, navajazos cuando no los tiros de revólver. Y tal como también sucedía en *La Regenta*, la codicia desatada en el antaño apacible tabernero que ahora conoce su edad de oro particular

Día y noche la taberna de Entralgo resonaba con cánticos desacordados, disputas y blasfemias, y día y noche penetraba en el cajón del mugriento mostrador una cascada de monedas de cobre y plata»³⁴

Un motivo final se relaciona con las blasfemias constantes en la boca de los mineros, ligado a su irreligiosidad, en contraste con los valores tradicionalmente respetados.³⁵

Se insiste en la visión degradante del minero vinculada a esa nueva configuración del mundo, la industrial, que destroza inexorablemente la cultura tradicional³⁶. Lo nuevo ahora es el pergeño, muy esquemático, de dos personajes mineros, Joyana y Plutón, especialmente el último, sobre el que el narrador arremete con la caja de los truenos destapada: Lucifer auténtico presidiendo su infernal reino. Palacio Valdés insiste en los estragos que en la mentalidad campesina producen los rápidos cambios

32 Desaprovecha en este sentido el episodio en el que Plutón se interna en el interior de la mina con Demetria recién raptada. *Op. cit.*, capítulo XX: «Rapto de Demetria», pág. 235 y ss.

33 «El consumo de su taberna había crecido de un modo tan prodigioso que ya no le bastaba el vino y aguardiente que por el puerto de San Isidro le traían los arrieros de León». *Op. cit.*, pág. 199.

34 *Op. cit.*, pág. 199.

35 «Era una cuadrilla de mineros, pues los mozos de Laviana no blasfemaban del modo que aquellos lo venían haciendo en altas voces. Un poco se sobrecojió [se refiere al capellán Lesmes] porque aquellos cafres no se distinguían por un respeto exagerado al clero y la nobleza.» *Op. cit.*, pág. 186.

36 José María Roca Franquesa puntualiza que: «No parecen estar en lo cierto quienes vieron en Palacio Valdés un retrógrado, un enemigo de la civilización; ve el peligro, no en el progreso en sí, sino en la industrialización que pueda desembocar en el predominio de la materia y en la aniquilación del espíritu.» *Gran enciclopedia asturiana*, tomo 1, Gijón, Silverio Cañada editor, pág. 88.

económicos, con la consabida aparición del dinero y el desarrollo paralelo de la ciega pasión de los antaño campesinos por poseerlo. No proporcionará ninguna estampa del trabajo minero, a cambio dedica bastante espacio al motivo tabernario, el lugar de las concelebraciones mineras, en el que los mineros hacen idénticas barbaridades a las mencionadas en *La Regenta*. Se rubrica su falta de fe religiosa, con el consiguiente abuso de la blasfemia y el trabajo de los niños en la mina empujados por la avaricia paterna.³⁷

*SANTA ROGELIA*³⁸

Obra aparecida en el año de 1926, cuando el autor anda por los setenta y tres años. No es obra importante en su vasto haber novelístico debido a su sentimentalismo dulzarrón, rayano en lo melodramático, y por la omnipresente obsesión religiosa, que le resta autenticidad y, lo que es peor, le obliga a introducir acciones argumentales que restan rigor estructural. Es la tercera novela en la que el autor reincide en el ambiente y personajes mineros. Desarrolla el «caso» de un matrimonio formado por una antigua carbonera langreana y un minero que es la prolongación dramática de los Plutón y Joyana de *La aldea perdida*

Los tipos de mineros como Plutón y Joyana, de *La aldea perdida* y Máximo de *Santa Rogelia*, no tienen ninguna clase de refinamiento en su maldad; más que perversos son hombres de instintos primitivos, salvajes, para los que la vida ha sido sumamente dura, y a los que las circunstancias y el ambiente hacen obrar como si no existiera más ley que la de sus propios instintos y caprichos. Podríamos decir que al engaño y a la malicia, al abuso de una posición social para «comprar» la virtud y la hermosura, ha substituido la fuerza bruta y el primitivismo.³⁹

De las tres partes, en las que se halla dividida, solamente la primera discurre en un valle minero similar al ya visto en *La aldea perdida*. El

³⁷ «Los niños estaban de parte de sus padres. Estos les prometían comprarles un tapabocas y unas botas altas [...], así que ganasen por sí mismos algunos cuartos. Con tal perspectiva no les ardraba bajar a la mina.» *La aldea perdida*, pág. 99.

³⁸ PALACIO VALDÉS, A., *Santa Rogelia*, Madrid, Imprenta helénica, 1926, 305 págs.

³⁹ ROCA FRANQUESA, J. M^a, «Notas para el estudio de la obra de PALACIO VALDÉS, A.», BIDEA, n^o VIII, diciembre 1949. págs. 12-13.

personaje minero, tercero en discordia en la novela, Máximo de nombre, volverá a reaparecer en la tercera parte para ser fulminado definitivamente; su función en el libro es la de oponente de Rogelia, principal protagonista. En la primera parte se nos cuenta morosamente cómo todas las asechanzas, que parten del medio ambiente, tendentes a reducir el orgullo moral y a vencer los valores de honradez, valentía e integridad personal de la protagonista, son vencidas por ésta con la ayuda inestimable, y cuando ya estaba a punto de desfallecer, del médico de la fábrica de La Felguera, Fernando Vilches. Éste, llegado allí providencialmente cual ayudante mágico, consigue sacarla de aquel lugar diabólico donde todo conspiraba contra mujer tan excelsa para convertirla en otra ruin y bellaca a la altura de su marido Máximo, dechado perfecto de la personalidad negativa.

En la segunda parte, se produce un milagro espectacular en su trayectoria vital: ya al lado del doctor Vilches, se va a París, se convierte en madre burguesa y es admirada por todos gracias a sus dotes intelectuales

Don Armando, aunque por procedimientos literariamente no muy lícitos, se complace en libertar a su protagonista, en redimirla de la servidumbre industrial del valle langreano. La lleva por el mundo. Esta novela es como una continuación de «La aldea perdida», realizada cuando ya el autor se ha convencido de la inutilidad de su protesta. De que el progreso seguía su curso y el carbón fluía -riqueza y servidumbre—de los miles de agujeros abiertos en la cuenca del Nalón. Pero el artista se toma una pequeña venganza del destino. El novelista dispone que Rogelia la de Lada, deje aquel paisaje sucio y salga a un mundo lleno de halagos y de comodidades. Que viva como señora en la ciudad [...]. Comodidades que nunca habrían sido posibles sin los mineros de Sama, sin las fábricas de acero de La Felguera, sin que la Arcadía de Asturias y otras muchas Arcadías del mundo hubiesen dejado de serlo, no sabemos aún si en buena o mala hora.⁴⁰

Con la vuelta a Madrid, al cabo de cinco años, entra en una crisis profunda de identidad que la hace buscar a su marido Máximo, preso

40 CABEZAS, J. A., «El paisaje asturiano en Palacio Valdés», BIDEA nº XIX, Oviedo, 1953, pág. 420.

a la sazón en el penal de Ceuta, con el fin de purificarse, al parecer, del pecado de vivir en el seno de una familia irregularmente constituida.

En la tercera, y última parte, sufre en Ceuta, cercana a su esposo, la segunda vuelta de amenazas contra su honradez y moralidad de donde sale de nuevo ampliamente triunfante con el añadido de la muerte de Máximo, que decide ahorcarse. Todo acabará felizmente para Rogelia: por fin podrá contraer sagrado matrimonio por la Iglesia con el doctor Vilches y vivir descansadamente el resto de sus días

¿Es que como réplica de Plutón y Joyana [y de Máximo] , el novelista se propuso poner de relieve cómo una mujer surgida del ambiente de la mina podría llegar a los mayores grados del sacrificio? Creemos que no. Más que esta tesis vemos en la obra que nos ocupa la apología fervorosa de la formación espiritual, tanto en el orden cultural cuanto en el religioso.⁴¹

Con Rogelia, Palacio Valdés, imparte una lección moral. La presenta como ejemplo de persona que, venida desde el estrato social más humilde, consigue elevarse socialmente merced al buen uso de sus cualidades personales. Todo ello sería lícito si no fuera porque a modo de contraste utiliza, de la peor manera, al personaje minero Máximo. De nuevo, símbolo de un medio social más amplio caracterizado por los rasgos de la ramplonería, ignorancia, egoísmo e inmoralidad: lo que determina personal y socialmente, una vez comprobado el caso de Rogelia, a los más débiles e incapaces moralmente.

Rogelia, a pesar de ser huérfana de padre minero: «A su padre lo había matado hacía tres años una vagoneta que bajaba por el plano inclinado de la mina.»⁴²; vivir miserablemente, pasando un hambre atroz, y trabajar en la mina («La chica comenzó a trabajar en la mina ganando primero dos reales, después una peseta. Apenas podían alimentarse y menos vestirse».⁴³); tiene una visión muy negativa de la misma que explicita cuando hablando con su primer novio, Perico, y al manifestarle éste su deseo de hacerse minero Rogelia le replica: «a mí me gusta más verte en la fábrica que en la mina. Estos mineros son unos perdidos... y

41 ROCA FRANQUESA, J. M^a., BIDEA, XIX, Oviedo, 1953, pág. 453.

42 *Op. cit.*, pág. 14.

43 *Ibidem.*

tienen una lengua tan sucia como su cara.»⁴⁴ Jamás tendrá la mínima conciencia de la «cuestión social», así cuando opina sobre la huelga

Además todo eso de la huelga es una música nueva que han inventado los holgazanes que quieren ganar mucho y trabajar poco. Son los viciosos, los gandules quienes arman esas bullas. De todo ello no resulta casi siempre más que lágrimas para las pobres mujeres y hambre para los niños. Ya ves lo que ha salido de la última huelga: más de cuarenta operarios despedidos. Los unos se han marchado para Buenos Aires y otros andan por ahí muertos de hambre casi pidiendo limosna.⁴⁵

Su opinión, ideológicamente, coincide con la de los patronos. Alude a la huelga para declararse enemiga de ella y atiende tan sólo a sus efectos negativos. Ni un asomo de denuncia de la situación que obliga a esos obreros a ejercer tal derecho. Está lejos en esto de la *Teresa clariniana*⁴⁶.

Se describe la vivienda de los padres de Rogelia, ahora ocupada por ella y la abuela, para destacar la miseria más absoluta.⁴⁷

Alrededor del entorno de Rogelia, se desarrollan motivos como el de la huelga, la visión negativa de los mineros, la vivienda obrera miserable, el hambre como acompañante perpetuo, el profesional liberal: aquí el médico Vilches que viene a extraer de su clase social a una antigua carbonera, a la sazón esposa de un minero, despreocupados ambos personajes de todo lo concerniente a cualquier intención de corte reivindicativo o social.

Veáse en concreto el tratamiento del único personaje minero que, además, forma parte del triángulo amoroso

Este Máximo [...] era una plaga que había caído sobre aquella región. Bajo de estatura, pero de fuerzas sorprendentes, antiguo minero, habilísimo como tal; ganando el doble que los demás porque picaba en

44 *Op. cit.*, pág. 16.

45 *Op. cit.*, pág. 17.

46 Véase a Leonardo Romero Tobar. Prólogo a la edición de *Teresa* (1975), pág. 49.

47 «Era una miserable vivienda; una choza de piedras mal ajustadas y sin revoco, con una desventajada puerta ennegrecida y un ventanillo guardado por dos barrotes de hierro.» *Op. cit.*, pág. 19. En relación con la vivienda dice Gabriel Santullano: «La vivienda obrera carecía de todo tipo de higiene y los trabajadores vivían a menudo en condiciones infrahumanas». SANTULLANO, G., *Historia de la minería asturiana*, Gijón, Ayalga, 1978. págs. 138-139.

un día más carbón que los otros en tres, agresivo, pendenciero, presto a esgrimir el cuchillo en cualquier ocasión, licenciado de presidio según se decía, había logrado inspirar terror en la comarca. Sus compañeros le odiaban y le temían.⁴⁸

Cuando aparece por vez primera en la obra lo hace en una romería, recién salido del presidio, «recientemente Máximo había reñido con su capataz, le había dado una puñalada y estaba preso en la cárcel de Oviedo»⁴⁹, fija sus ojos en Rogelia y la condena a la soledad, pues ya ningún mozo se atreverá a cortejarla, incluido el infeliz novio, Perico, que huye desazonado después de aguantar las baladronadas de Máximo. Engatusa a la muchacha con la promesa de cambiar de vida y de actitud, y ésta lo acepta porque se halla en una fase de tristeza, después de la muerte de su abuela; a todo ello se añade el despecho hacia su novio al que recrimina por su cobardía. Entablan relaciones formales, pero ese mismo día, y cuando vuelve Máximo a su casa, se topa con un hidalgo de la localidad y apuñala a su jaco por puro gusto asesino. Se casan, pasa una temporada en la que Máximo se comporta tal cual había prometido, pero «Así que satisfizo su brutal pasión, el minero comenzó a mostrarse tal cual era, insolente, provocativo, despótico. Reñía, gritaba por leves motivos y blasfemaba asquerosamente.»⁵⁰. Llega a agredirla, si bien Rogelia se defiende atacándolo en su propio terreno de lo físico.

Perico, el ex-novio, lo hiere una noche gravemente y lo cura el médico Vilches, que conoce de esta forma casual a la protagonista. Una vez restablecido, y como lo provocasen en la taberna dando pábulo a los rumores que relacionaban a su esposa con el médico, dispara contra éste y mata fortuitamente a un cabo de la guardia civil. Huye pero es detenido días después y conducido a la cárcel de Oviedo desde donde lo envían a Ceuta para no volver a saber de él hasta la tercera parte del libro, cuando, años después, Rogelia, en su campaña de penitencia, pretenda ayudarlo en su papel de esposa hallándose con un hombre absolutamente degradado

48 *Op. cit.*, pág. 11. Más adelante vuelve a caracterizarlo del siguiente modo: «Estaba Máximo, el feroz minero que por la mañana había llegado de la cárcel de Oviedo. Era un mozo bajo de estatura, ancho de espaldas, las facciones regulares, los ojos negros de mirar agresivo y provocativo, [...] le afeaba una cicatriz prolongada que le partía la boca». *Op. cit.*, pág. 35.

49 *Op. cit.*, pág. 12.

50 *Op. cit.*, pág. 64.

Apenas pudo reconocerle! Aquel hombre que el cabo traía consigo era efectivamente su marido, pero tan desfigurado, tan viejo, tan acabado que Rogelia sintió un estremecimiento de horror. Nunca había sido hermoso, pero los años de presidio habían hecho de él un ser feo y repugnante por encima de toda ponderación [...]. Al fin su innoble fisonomía se contrajo con una sonrisa perversa que más parecía una mueca»⁵¹

No ahorra el narrador calificativos despectivos. A los que añade la información de los que le custodian: «tu marido [le espetan] es un cafre. Es de lo peorcito que aquí se ha presentado [...] como bruto no hay otro.»⁵². Por lo demás Máximo no reprime sus rabietas: «Pocos días después de llegar, hace unos años riñó con un compañero y le dió con la barra de hierro en la cabeza. Le dejó medio muerto.»⁵³. Allí también infunde pavor a todos cuchillo en ristre. Sigue emborrachándose y en la siguiente ocasión que recibe visita de Rogelia, totalmente ebrio, pretende humillarla ante el resto de los presidiarios. Por último, en otra ocasión, a propósito de dos mil pesetas que Vilches enviara desde Madrid como ayuda, la pateja salvajemente, la deja exánime y con una costilla rota. Mientras purga en la celda de castigo acción semejante, termina por ahorcarse para alivio de todos.

Recogidos los vocablos dedicados a su figura, tanto en la primera como en la tercera parte, se forma un campo semántico de personaje negativo machaconamente redundante: feroz, de mirar agresivo y provocativo, le afea el rostro una cicatriz, terrible, de grosera y sarcástica carcajada, reñía, gritaba, blasfemaba, necesitaba siempre una víctima propiciatoria, feo, repugnante, de innoble fisonomía, cafre, bruto, temible, preso peligroso, de ojos inyectados, sonrío estúpidamente, se emborracha, de actitud desdeñosa, bárbaro, bribón, provocativo, etcétera. En cuanto a sus acciones no pueden ser peores: cuando aparece en escena viene de penar en la cárcel una puñalada que le ha asestado a un capataz, humilla al novio de Rogelia, galantea a ésta con engaño, le saca las tripas a la yegua de un hidalgo, insulta y hace correr a Perico navaja en mano, dispara sobre el médico, asesina al cabo de la guardia civil, le da con la barra en la cabeza a un presidiario y acaba rompiéndole una costilla a Rogelia. Todo esto sin contar insultos y bravuconerías sin tasa

51 *Op. cit.*, pág. 212.

52 *Op. cit.*, pág. 215.

53 *Op. cit.*, pág. 216.

pues queda dicho que «No podía prescindir el feroz minero, dondequiera que se hallase, o de buscar quimera o de burlarse de alguien: necesitaba siempre una víctima.»⁵⁴

¿Para qué seguir citando?... Si Plutón en *La aldea perdida*, era el símbolo de la industrialización salvaje que venía a romper los vínculos tradicionales del hombre con la naturaleza, con la destrucción añadida de unos valores considerados absolutos y dignos del mayor respeto por los siglos de los siglos, ahora Máximo, prolongación de aquel diablo, en cuanto a su caracterización personal, representa el mundo industrial, otrora temible, en funcionamiento, como espacio cerrado, embrutecedor, que asfixia sin remisión a cualquier ser de noble condición que surja de su seno. Rogelia, nacida en ese ambiente minero e industrial, renegará del mismo. Su esfuerzo por librarse del determinismo social será al final premiado dadivosamente, con beatificación incluida. En esta obra el narrador parece tomarse el desquite de *La aldea perdida*, premiar a los buenos y castigar al asesino que había quedado suelto

En *Santa Rogelia* la mina no es sólo brutalidad y odio; da un producto como Máximo, soez, brutal, hombre de instintos primarios, carne de presidio que corona su vida con el suicidio; pero también da a Rogelia, capaz de competir en todos los órdenes de la vida con cualquier mujer por alta que sea la esfera social que ocupe.⁵⁵

La presencia de los mineros, situados en la casilla estructural de los malvados al servicio del juego de contrarios, utilizada melodramáticamente en *La aldea perdida*, tenía allí cierta justificación. Ahora bien, preocupado, como está, por exponer un caso de ascensión social, parece animadversión manifiesta cargar las tintas sobre los obreros para obtener conclusiones de índole moral; máxime cuando en *La espuma* adoptara una postura bastante más comprensiva. Probablemente, influyese en su actitud, de algún modo, la Teresa de «Clarín» e intentara así dar réplica a un desarrollo argumental para su gusto tan determinista.

En cuanto a los motivos mineros en *Santa Rogelia*, son dos los personajes, carbonera y minero, que ocupan la obra en su totalidad al servicio de una visión negativa del universo minero. El paisaje descrito es el de la cuenca minera del valle de Langreo (en Asturias); no hay, en cambio,

⁵⁴ *Op. cit.*, pág. 118.

⁵⁵ ROCA FRANQUESA, J. M^º, BIDEA, n^º XIX, 1953, págs. 453-454.

descripciones de la mina desde dentro ni se habla de las condiciones de trabajo; tan sólo se apunta con detalle la estructura de una vivienda minera para insistir en su precariedad e incomodidades. Se hace referencia al motivo repetido del accidente, con el resultado de muerte de un minero, el padre de Rogelia, y se alude al hambre y miseria dominantes. También se habla de la huelga y del espacio geográfico campesino y sus costumbres ya destruidas por la industrialización.⁵⁶ Se presenta el ambiente característico de una romería o fiesta popular asturiana como en *La aldea perdida* y tal como se verá en obras posteriores. La taberna, otra vez, se pinta como dominio donde los mineros se expresan tal cual son: brutales, pendencieros, borrachos, blasfemos, etcétera. Es, asimismo, el lugar en el que transcurre la mayor parte del tiempo que no emplean en las entrañas de la tierra y al que acuden raudos a malgastar sus «semanadas» recién cobradas. Semeja la taberna una iglesia en la que oficia como sumo pontífice Máximo, retratado como malvado y criminal en la primera parte y convertido en monstruo en la tercera y última.

CONCLUSIÓN

Armando Palacio Valdés es uno de los autores que más ha influido en la configuración de dos versiones estereotipadas y contrapuestas del mundo minero. De un lado, la que alumbra un tipo de personaje minero caracterizado, a brocha gorda, por ser esencialmente el malvado en su comportamiento y en sus hábitos, tocado siempre por rasgos como la brutalidad y el afán destructivo. Egoísta, caprichoso, borracho, ávido por el juego y el dinero fácil, pendenciero, presto para el uso de armas blancas, asesino demasiado a menudo... desprecia tanto la vida propia como la ajena. Contagia de su maldad, a quienes lo rodean y al entorno, y desencadena la tragedia inevitablemente. A caballo de la sociedad industrial, destructora de los mejores valores del modo de vida tradicional y del entorno natural, el minero se presenta como un ser poco menos que avezado al trato diario con el diablo, obligado, por el ambiente que lo produce y que él mismo recrea, a propagar la desgracia. Es el tratamiento que aparece en *La aldea perdida* y en *Santa Rogelia*. En la otra versión,

56 »El valle es hermoso, según dicen los forasteros, pero las minas lo han echado a perder ¿No ve usted qué negro corre ahora el río?» [...] «Los mozos ya no vestían en aquella época la chaquetilla verde con botones de plata, el calzón corto y la montera de los tiempos antiguos: la fábrica y las minas lo habían transformado todo en pocos años...» *Op. cit.*, pág. 104 y 34.

cronológicamente anterior, los mineros se presentan sin demasiado peso argumental: aparecen accidentalmente para conducir a una situación o ambiente transitados momentáneamente por los protagonistas o para servir de coro donde se resalte la actuación de otros. No obstante, la visión que se transmite no es negativa. Palacio Valdés denuncia en *La espuma* las condiciones deplorables de vida y trabajo que convierten a los mineros en un ejército de almas en pena, arruinados por la enfermedad, precisamente adquirida como consecuencia del laboreo minero. Aparece el intermediario, de profesión liberal, (aquí el médico de la compañía, el doctor Quiroga, seguramente un trasunto del dirigente socialista histórico Jaime Vera) que los defiende públicamente como víctimas de un sistema de relaciones sociales abanderado, paradójicamente, de la justicia social. Es una perspectiva externa que, tal vez por tratarse de un médico, hace hincapié tan sólo en su estado físico lamentable y en las enfermedades que padecen más bien propias de esclavos. Los mineros son citados como personaje colectivo, una masa anónima y claudicante, digna de conmiseración y apta para la denuncia del mecanismo de producción económica que la genera.

BIBLIOGRAFÍA

- CABEZAS, Juan Antonio, «El paisaje asturiano en Palacio Valdés», Oviedo, BIDEA n° XIX.
- DELMIRO COTO, Benigno, *La voz en el pozo. El trabajo en las minas y su presencia en la Literatura*, Madrid, Akal, 1993.
- : «Literatura y Minas en España», *El Basilisco*, n° 11, Oviedo, 1992.
- : «La industrialización asturiana y la literatura», en *La Historia de la economía asturiana*, fascículo n° 40, *La Nueva España*, 1994.
- : «Negociación y conflicto en la Literatura minera», *Ábaco*, n° 20, Gijón, 2000.
- : «Mina y Literatura en Asturias», VV.AA., *Asturias y la mina*, Gijón, Trea, 2000.
- : «Motivos recurrentes en la literatura de la mina». En *Actas del Primer Encuentro de Escritores de la Mina*, editado por GRUCOMI (Grupo Coleccionista Minero Investigador), Oviedo, 2003.

- : *Literatura y minas en la España de los siglos XIX y XX*, Gijón, Trea, 2003.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Insula*, N° 96, 15-XII-1953.
- GÓMEZ DE BAQUERO, E., «*La aldea perdida*, novela, por D. Armando Palacio Valdés», *La España Moderna*, en la sección de «Crónica literaria», 1-6-1903, págs. 164-168.
- GÓMEZ-FERRER, Guadalupe, *Palacio Valdés y la civilización de su época: la sensibilidad de un novelista* (texto de la conferencia leída en el I Congreso Internacional sobre Armando Palacio Valdés), Septiembre de 2003.
- LITVAK, Lily, *Transformación industrial y literatura en España (1895-1905)*, Madrid, Taurus, 1980.
- «MARAVILLAS», *El Carbayón*, 16-2-1903.
- : *El Carbayón*, 19-2-1903.
- MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio, *El Noroeste*, Gijón, 29-5-1903.
- PALACIO VALDÉS, Armando, *La aldea perdida*. Se publicó por vez primera en 1903. Se cita por la edición de Espasa Calpe (colección Austral), Madrid, 7a.ed., 1976, (1a. 1943), 264 págs.
- : *La espuma*. Se publicó por vez primera en 1890. Se cita por la edición de O.C. Editorial Fax, Madrid, 1947, 283 págs.
- : *Santa Rogelia*, Madrid, Imprenta helénica, 1926, 305 págs.
- : *Maximina*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1913.
- PÉREZ DE AYALA, Ramón, *La prueba* (1905). En el volumen «El Raposín», Madrid, Taurus, 1962, págs. 121-126.
- ROCA FRANQUESA, José María, «La novela de Palacio Valdés: clasificación y análisis», Oviedo, Boletín del IDEA, n° XIX, 1953, págs. 426-458.
- : «La aldea perdida», en *Gran enciclopedia asturiana*, Gijón, Silverio Cañada, tomo I, 1981, págs. 88-92.
- : «Notas para el estudio de la obra de Armando Palacio Valdés», Oviedo, Boletín del IDEA, n° VIII, 1949.
- ROMERO TOBAR, Leonardo, prólogo a *Teresa, Avecilla, El hombre de los estrenos*, Madrid, Castalia, 1975.

-
- RUIZ DE LA PEÑA, Álvaro (1991): Introducción a *La aldea perdida*, Madrid, Espasa Calpe (colección Austral), Madrid, 1991, 12ª ed., págs. 9-43.
- SANTULLANO, Gabriel, *Historia de la minería asturiana*, Gijón, Ayalga, 1978. págs. 138-139.
- TRINIDAD, Francisco, *Palacio Valdés y Llaviana. Estudio y antología*, Gijón, Ayuntamiento de Laviana, 1983.
- : «Los mineros vistos por Palacio Valdés». En *Actas del Primer Encuentro de Escritores de la Mina*, editado por GRUCOMI (Grupo Coleccionista Minero Investigador), Oviedo, 2003.
- URÍA, Jorge, «Asturias 1898-1914. El final de un campesinado amable», en *Hispania. Revista Española de Historia*, Vol. LXII/3, núm. 212, Septiembre-Diciembre, págs. 1059-1098, Madrid, 2002.